

**LA DOCILIDAD
DE LUIS GRIGNION
AL SANTO ESPÍRITU**

En la ruta Renes-París

En “Redemptoris Missio”, 7 de diciembre de 1990, n. 2, el Papa Juan Pablo II habló de la “nueva primavera del cristianismo”.

Utiliza el término “primavera” para revitalizar actividades misioneras destinadas “a las naciones” (ad gentes) que tendía a desvanecerse.

En el n. 87 de este documento menciona que una de las principales características de la “espiritualidad misionera” de este tiempo es “**dejarse guiar por el Espíritu**”.

Además, en la Carta Apostólica
“Tertio millennio adveniente”, del 10
de noviembre de 1994, n. 18, afirma
que una “nueva primavera de vida
cristiana” se producirá si somos
**“dóciles a la acción del Espíritu
Santo”**.

Discernimiento con vistas al sacerdocio

Resumen del estilo de vida monfortiano

Primero que nada, peregrino a pie.

En segundo lugar, el desapego de la propia familia.

En tercer lugar, la muerte a la autoestima.

Cuarto, el amor a la pobreza y a los pobres.

Quinto, dependencia de la divina Providencia

Sexto, Rosario y lluvia

Conclusión

En el otoño de 1692, Luis Grignon dejó Rennes y se trasladó a París. Su objetivo era ingresar al seminario de San Sulpicio para estudiar teología y poder ser sacerdote.

Durante el viaje de Rennes a París realizó acciones y comportamientos que demuestran lo que hay dentro de él y lo que será su estilo de vida.

Nuestra pregunta es:

¿Se llevaron a cabo estas acciones bajo la inspiración del Espíritu Santo?

¿Cuál es el proceso a través del cual Luis Grignion escuchó al Espíritu Santo y se aseguró de que lo que escuchó fuera realmente la voz a seguir?

Porque, según Luis Lallement, la especialidad del Espíritu Santo es guiar a las almas: ¿“Sólo a él le corresponde conducir las almas”?

La actitud fundamental de los creyentes ante esta orientación es **la docilidad.**

Antes de ver estas acciones, es necesario examinar el proceso por el cual tomó la decisión de ser sacerdote.

Discernimiento en vista del sacerdocio

Su elección no puede separarse de la influencia del entorno familiar en el que estuvo presente en la historia.

Luego, conoció y se relacionó con varios otros sacerdotes en su entorno escolar. Algunos de ellos incluso tuvieron una gran influencia en él.

Fueron también estos sacerdotes quienes aseguraron la autenticidad de su elección. En efecto, durante su estancia en Renes, Luis Grignon les realizó varias “visitas especiales” para conocer el espíritu de la vocación sacerdotal y las virtudes que allí se requieren.

Les pidió proactivamente que confirmaran su luz interior.

El Espíritu Santo actuó en él
y a través de estos
sacerdotes que lo
iluminaron.

Durante estos encuentros, por supuesto, también habló de las motivaciones de su vocación.

Blain:

“La motivación de Luis Grignion fue realizar el deseo de su corazón, el de seguir más íntimamente a Jesucristo para satisfacer “sus vastos deseos de perfección”

De Clorivière - Misión:

Luis Grignion eligió el sacerdocio porque quería ser “el hombre de Dios, formado según el modelo de J. C., todo ardiendo con las llamas de la caridad divina, y siempre dispuesto a hacer todo lo posible para encender a los demás con el mismo fuego”.

Esta fue la obra del Espíritu Santo para llevar un alma a descubrir la centralidad de Cristo, que es la base de la perfección y la misión cristianas.

La vocación sacerdotal de Luis Grignion estuvo también ligada al perfil de María, la madre de Jesús. Su camino sacerdotal es fruto de su filial docilidad hacia María.

Blain – Besnard

De Clorivière - Laveille

Blain menciona acertadamente que Luis Grignon “aprendió de María qué hacer”. Pero Blain no menciona precisamente lo que Luis Grignon aprendió de María, ni siquiera que su elección del sacerdocio se consideró una respuesta apropiada a lo que había aprendido de María.

Podemos decir que este joven había aprendido de María lo que significaba la pobreza.

Su vocación de sacerdote iba de la mano de su interés por las virtudes de la pobreza.

Des Bastières: “Y desde su más tierna juventud había sentido una atracción tan grande por esta virtud que tuvo fuertes pensamientos de **dejar la casa de su padre e ir a un país desconocido**, de modo que, siendo despojado de todos los bienes de la tierra, pudiera vivir en la pobreza y mendigar su pan, hasta que tener fuerzas suficientes para ganarse la vida con el sudor de su frente.

En esta cita sentimos la vibración del espíritu de anawim que animó a Luis Grignon. Estaba interesado en la belleza de vivir “pobre en espíritu” (Mateo 5, 3-12) para ser rico ante Dios (Lucas 12, 13-21). María todavía aprecia la espiritualidad de los anawim.

¿Cómo obró Dios para él? Todo empezó a finales de 1688, cuando providencialmente **Mademoiselle de Montigny** se alojó en su casa, rue de la Fillanderie, San Germán, Renes.

En aquella época, el seminario fundado por Jean-Jacques Olier (1608-1657) era considerado la “patria de los santos” o “la escuela de las más puras virtudes eclesiásticas”.

O también, “el mejor lugar para llegar a ser un perfecto eclesiástico”, donde “quien quiere ser santo encuentra allí los mayores modelos y los más eruditos guías hacia la perfección”

Pero era consciente de la imposibilidad financiera. Su familia no podría pagarle el alojamiento ni los gastos escolares.

Así, entregó a Dios todas las posibilidades de realizar su deseo, ya que era Él quien lo había despertado en su corazón: “puso en Él toda su esperanza y descansó en Su seno”.

Sin una actitud de confianza en Dios, Luis Grignion no habría podido ir a París para ingresar en el Seminario de San Sulpicio.

Su abandono en Dios
demostró ya, que el
sacerdocio no era una
ambición humana.

Esta actitud le impide manipular a Dios usando Su nombre para justificar lo que estaba haciendo.

De hecho, no planeó nada para entrar en San Sulpicio más que una oración esperanzada por la obra de Dios a través del prójimo y las circunstancias.

Juan Bautista, su padre, no le impidió ser sacerdote, y así será en lo que respecta al futuro de sus otros dos hijos: José y Gabriel.

Laveille y Ernest Jac

Vemos que Luis Grignion se mostró firme en su decisión de ser sacerdote, pero menos seguro de dónde podría formarse para realizar su sueño.

Aunque tenía muchas ganas de entrar en Sant Sulpicio, si no era la voluntad de Dios, estaba abierto a implementar un "plan B".

La docilidad va de la mano de la flexibilidad. En efecto, tras finalizar sus estudios de filosofía en 1692, Luis Grignion estudió teología para convertirse en sacerdote, pero en Rennes, en el colegio Santo Tomás Becket.

Este curso de teología fue impartido por el Padre Magón y el Padre Barón.

Fue en ese momento cuando Luis Grignon recibió una carta de Mademoiselle de Montigny. En la carta, la noble dama le informa que ha encontrado una benefactora dispuesta a pagar su “pensión” y su asignación periódica en San Sulpicio.

Parece que Luis Grignion estaba abierto a ver la presencia del Espíritu Santo revelándole la voluntad de Dios a través de las personas que conocía. Como hablaba abiertamente, la gente lo ayudó.

Cuando Luis Grignion pidió a sus padres el favor de ir a París a estudiar teología para ser sacerdote, “fácilmente le concedieron esta gracia”.

Síntesis del estilo de vida a la Montfort

Primero que nada, peregrino a pie.

Grandet dijo que su padre y su madre le proporcionaron un caballo para que pudiera hacer al menos la mitad del viaje.

Sin embargo, rechazó la oferta. Luis Grignon decidió realizar todo el recorrido a pie.

La distancia de Renes a París es de más de 300 kilómetros.

Sus primeros cuatro biógrafos coinciden en verlo como la primera realización de lo que siempre sería su estilo de vida apostólico. Quería ser misionero como los apóstoles. Luis Grignion se consideraba uno de los “hombres apostólicos” que Dios quería para su Iglesia. Fue un peregrino evangélico a la manera de los apóstoles.

Su docilidad residió en su valentía para convertir en realidad sus ideales misioneros rechazando la bondad de sus padres. La bondad de los demás puede condicionarlo y hacerle seguir viviendo en compromiso.

Aquí, Luis Grignion se hace cargo de su vida y asume plena responsabilidad por sus decisiones. Caminar es para él una “necesidad” y una garantía de “virtud”.

Ahora no tenía motivos para quejarse o culpar a los demás si se sentía cansado, hambriento, sediento, acalorado o mojado por la lluvia.

En teoría, incluso debería sentirse audazmente satisfecho con este “largo y doloroso viaje”, porque caminar fue su elección consciente.

En el corazón de este joven vagabundo había una libertad interior. “Donde está el Espíritu de Dios, allí hay libertad” (2 Cor 3,17).

En segundo lugar, el desapego de la propia familia.

Blain escribe que tras separarse de sus padres y de quienes lo acompañaban “al perderlos de vista era perderlos en la memoria”.

Blain, Besnard y De Clorivière señalan varios puntos en esta actitud.

Primero, Luis Grignion no era un ser “insensible” y de corazón duro; al contrario, su corazón era muy gentil.

Segundo, su corazón ardía con el amor de Dios; por tanto, fue a París “por liberación”.

Tercero, el amor de Dios silenció la voz de la naturaleza dentro de él, incluida la memoria de su familia.

Cuarto, sólo la gracia de Dios obró para que todo esto sucediera.

Con espíritu de desapego, la relación con sus padres o su familia fue vivida en la medida que favoreció la consecución del objetivo de su viaje a París.

La “perfección cristiana” se convirtió en una prioridad y condicionó su actitud. Luego fue “impulsado por el Espíritu” a caminar hasta París sin saber qué le sucedería.

De Clorivière : «La característica de los hombres apostólicos es que no tienen residencia fija y permanente aquí en la tierra. Se trata de nubes ligeras que, según el movimiento que les dé el soplo que reciben de arriba, llevarán sucesivamente la fertilidad a diferentes lugares. Muchas veces, llevados por el impulso del Espíritu Santo, como atestigua el mismo Apóstol, van, sin saber siempre el motivo, adónde le place a este guía divino, conducirlos.

En este espíritu de desapego,
Luis Grignion permaneció en
contacto con sus padres y
realmente los necesitaba.

Sus relaciones con los padres y la familia, con un espíritu de desapego, también podrían juzgarse como una instrumentalización de la familia.

En otras palabras, habría “utilizado” a su familia sólo para lograr sus objetivos. Una vez logrado su objetivo, podría ignorar a esta misma familia.

Tras su llegada a París, Luis Grignion también escribió a Blain en varias ocasiones.

Gen. 12.1:

“Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré”.

« Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi »

Lettre 27

“Es cierto que haces un gran bien en tu país, pero harás un bien mucho mayor en un país extranjero; y notamos que desde Abraham hasta Jesucristo, y desde Jesucristo hasta nosotros, Dios sacó de sus países a sus mayores servidores, porque, como dice el mismo Señor, nadie es profeta en su país.

A primera vista, parece que la particularidad de Luis Grignion al vivir este desprendimiento evangélico se basa en una interpretación literal del texto relativo al llamado de Abraham y Jesús. Pero en realidad es la consecuencia de un desapego mucho más profundo, en particular de sí mismo.

Tercero, muerte al amor propio

Lo que Luis Grignion dejó atrás cuando partió hacia París no fueron en realidad ni sus padres ni su familia, sino su antiguo “yo”.

El apego y el desapego son una cuestión del corazón. Los padres y la familia son algo muy íntimo por naturaleza.

Ordenar las relaciones con ellos en pos del objetivo de la perfección cristiana es expresión de docilidad a la voluntad de Dios.

El abad Pauvert escribe que una de las virtudes que Luis Grignion practicó desde pequeño y que fue reforzada por la formación de sus maestros fue la “sumisión a la voluntad divina”.

Siguiendo la voluntad de Dios, Luis Grignion negó su propia voluntad. Besnard llama a esto “autoestima mortificante”.

Esto significa que su egocentrismo fue detenido o extinguido para que pudiera cumplir la voluntad de Dios en completa libertad.

Al partir hacia París, Luis Grignion liberó su corazón del “apego irregular” en forma de “amor propio”.

Esta opinión era consistente con la de los maestros espirituales de Francia en ese momento.

Por ejemplo, para regular este “amor propio”, Bérulle utilizó el término “abnegación”.

Francisco de Sales utilizó la palabra “aniquilación”.

Mientras que Juan de San Sansón utilizó la expresión: “pérdida total de uno mismo” en Dios.

Jean-Jacques Olier dijo: “Por tanto, es esencial que muramos para poder vivir en Dios”.

Así, esta muerte no es de naturaleza destructiva sino constructiva; perdiendo la vida, ganamos vida. La obediencia al Espíritu Santo nos lleva a perder la vida y ganarla al ser transformados en Dios.

Fue para Luis Grignion un momento de renacimiento “desde arriba” (Juan 3, 5). En este contexto entendemos la afirmación de Grandet de que Luis Grignion entra en la categoría de personas de una "nueva especie".

De hecho, "busca las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" y "se concentra en las cosas de arriba".

Este es el estilo de vida de las personas que resucitan con Cristo: vivir en este mundo pero con los valores de Cristo "que es nuestra vida".

CARTA 4 (de París, a su tío)

“Por favor, dígame a la señora B. que he recibido su paquete de cartas para monseñor obispo de Saint-Malo. Estos diferentes encargos, mi querido tío, lo admito, **me duelen y me hacen sentir como si estuviera vivo de nuevo en el mundo.** Quisiera Dios que me dejaran **en paz como el muerto en el sepulcro,** o el caracol en su concha, que estando escondido aparece algo, pero cuando sale es sólo inmundicia y vileza.

CARTA 20

(de Poitiers, 28 agosto 1704, a su Mamá)

“Que la gente me mire como a un **muerto**; lo repito para que la gente lo recuerde: que me miren como a un **hombre muerto**”.

Luis Grignion quedó así libre de su familia, pero también de su “autoestima”. La muerte de su “autoestima” le dio un acceso aún más libre al Espíritu Santo que está en él.

Sin esta libertad del “amor propio”, no hay docilidad al Espíritu Santo. La libertad de uno mismo permite a Dios tomar control de la vida de uno para lograr la máxima conformidad con Su voluntad.

Al leer lo que le sucedió a Luis Grignion, el abad Pauvert dice que en Luis Grignion hubo un sacrificio de la naturaleza por la vitalidad de la gracia. Esta abundancia de gracia suprime y debilita la vida natural: “no es sólo el predominio de la gracia y la sujeción de la naturaleza a la ley del Espíritu, es la naturaleza la que se inmola para que la gracia conserve toda su vitalidad. Porque la gracia domina, la naturaleza sigue, obedece.

Este permiso para dar libre acceso al Espíritu Santo fue la clave de la revolución interior en la vida de Luis Grignion. Permitted que el Espíritu Santo obrara libremente en su corazón, de modo que llegó a ser un nuevo hombre en Cristo. Lo viejo desaparece, nace lo nuevo.

Este parece ser el mensaje contenido en sus acciones que acompañaron su alejamiento de la familia. Luis Grignion quería vivir en “correspondencia interior a la guía del Espíritu Santo”.

Cuarto, amor por la pobreza y los pobres

Grandet cuenta que, durante su viaje a París, Luis Grignion llevaba un “pequeño paquete a la espalda”. Según Grandet, el contenido de la mochila que le regalaron sus padres era: “un abrigo nuevo y algo de dinero”. Grandet no especificó para qué era ese dinero. Pero Blain precisa la cantidad: “El señor Grignion recibió, para su viaje y para los gastos que le seguirían hasta París, sólo diez coronas”.

¿Qué hizo con estos ahorros?

Grandet:

“Cuando hubo avanzado un poco en el campo, se arrodilló, y no pudiendo soportar lo que le habían dado, se despojó de su manto y se lo dio al primer pobre que encontró, tomando su propio, y dejándose llevar por los transportes de su fervor, juró nunca poseer nada propio”.

Esta actitud de arrodillarse se asemeja a la actitud del hombre del Evangelio de Marcos 10, 17-21 que, arrodillado ante Jesús, le preguntó qué debía hacer para obtener la vida eterna.

Jesús sugiere que el hombre vaya y venda lo que tiene y se lo dé a los pobres, luego venga y lo siga (v. 21). Luis Grignion eligió la misma pobreza evangélica y dio lo poco que tenía a los pobres porque quería ser perfecto.

El proceso psicológico que siguió Luis Grignion para llegar a esta acción es sencillo: “déjate llevar por los transportes de tu fervor”. Por tanto, no resistió el movimiento interior que lo controlaba. Siguió su voz interior.

Tenía la sensibilidad y la voluntad de retener incluso los pequeños movimientos del Espíritu Santo en su interior. La ejecución de su impulso interior se produjo sin calcular los pros y los contras. Esta es la prueba de que poseía lo que Grandet llamó “inocencia bautismal”.

Esta acción es otra consecuencia de la muerte del hombre viejo que lleva dentro. Lo que quedó protegido por la ropa que se quitó fue el propio “hombre viejo” con toda su “autoestima”.

Grandet escribe: “Desde entonces, dio todo lo que tenía a los pobres”. Materialmente, sólo tenía la ropa que llevaba puesta. En este estado caminó hasta París.

Las acciones que hay que llamar “subversivas” de Luis Grignon fueron una salida al idealismo espiritual que contenía su corazón y que deseaba realizar.

Según Grandet, Dios dio su Espíritu Santo a los santos “con tal abundancia y con tanta impetuosidad, que no pudiendo soportar la plenitud que está por encima de sus fuerzas naturales, se ven obligados a hacer cosas tan extraordinarias, como descargar y aliviar”.

Al realizar este acto, el corazón de Luis Grignion se tranquilizó. Ahora estaba en sintonía con lo que su corazón estaba inclinado a hacer.

Con esta actitud, Luis Grignion también “pareció apaciguar” al Espíritu Santo que “lo golpeó con tanta violencia y fuerza”.

Sus acciones tuvieron dos caras: amaba la pobreza pero también a los pobres. El resultado fue que se hizo pobre con los pobres, impulsado por su amor a Jesús pobre.

En este acto a contracorriente, vemos una traducción del tercer grado de humildad evocado por San Ignacio de Loyola. Es decir, querer elegir la pobreza, la humillación, el ser considerado loco antes que la riqueza, el honor y la sabiduría del mundo para imitar a Jesucristo y llegar a ser verdaderamente como Él.

Luis Grignion rechazó la mediocridad. Para la “gente normal”, su actitud, aún hoy, puede parecer difícil de comprender y aceptar, extravagante, loca, excesiva.

Se volvió loco porque quería ser como Jesús para confundir la sabiduría de la gente de este mundo.

¿No van de la mano la docilidad al Espíritu Santo y el don de la intimidad con Jesucristo?

Esta docilidad debió darle alegría, aunque este viaje a París lo vivió en medio de la pobreza, la humillación, el sufrimiento, el rechazo, el cansancio.

Lo confirma De Clorivière, quien subraya que la alegría proviene de la “imitación de Cristo”

Por lo tanto, las acciones anteriores de Luis Grignion no fueron motivadas por su disgusto por lo que recibió de sus padres.

De las explicaciones de sus biógrafos se desprende que ésta es una de las particularidades de Luis Grignion como discípulo de Jesús, el Maestro, pobre con los pobres. La pobreza en el seguimiento de Jesús-pobre, es la condición para la escucha del Espíritu Santo.

Pero este “desapego absoluto” de todo bien es sólo una cara de la pobreza evangélica de Luis Grignion.

La otra cara es la “confianza absoluta” en Dios que le presta atención por amor y a quien llama el “Infaltable”.

Quinto, dependencia de la Providencia divina

Luis Grignion eligió vivir en la pobreza porque la fe que vivía lo convenció de que Dios era el garante de su vida.

La Divina Providencia fue la convicción de fe en la presencia de Dios en todas partes y de que Él cuidaba e intervenía poderosamente en la vida de sus criaturas, especialmente en aquellas que se entregaban a Él.

Esto muestra que la fe de Luis Grignion no fue una aceptación teórica de una fórmula de fe sino una experiencia vital-operativa. Ésta era la fe de los “anawim”: experimentar a Dios como un ancla de esperanza en la que anclar la propia vida.

Blain:

“Al despedirme de él,
parecía tan libre de todo, tan
seguro de lo necesario, tan
decidido...” .

Besnard escribe que Luis Grignion vivió “en total abandono de sí mismo a la divina Providencia, sin cuidados, sin preocupación por el futuro”.

Al no tener nada, se sentía seguro.

Blain escribe que Luis Grignion

“Se abandonó a sus cuidados con tanta confianza, tanta tranquilidad, que se diría que pensaba que ella sólo lo cuidaba. Una bolsa llena de oro, una letra de cambio de diez mil libras que debía recibir en París, no le habrían dado tanta confianza.

Concretamente, Luis Grignion experimentó esta Providencia de Dios a través de varias personas que fueron sus vecinos.

Le tendieron la mano dándole limosna cuando la necesitaba.

La obediencia a Dios y el abandono a su cuidado seguirán siendo para él una “regla”.

Sexto, Rosario y lluvia



Este viaje a París fue un viaje espiritual también porque se nutrió de su oración predilecta. El Rosario acompañó a Luis Grignon a París.

Grandet relata que después de separarse de quienes lo acompañaban, Luis Grignon “tomó en la mano su rosario, que recitaba a menudo por el camino”.

Esta oración lo mantuvo
continuamente en unidad con la vida,
pasión, muerte y resurrección de
Jesucristo.

Fue su alimento espiritual durante
esta peregrinación.

En su creatividad, Besnard añade que Luis Grignon también caminaba con “un bastón”. Luego, De Clorivière enseña también que llevaba “el Crucifijo”.

El caso es que Luis Grignon se alejó lo más posible de las distracciones. Caminó "...con los ojos a menudo en el cielo, el corazón en San Sulpicio, la invocación continua de María en la boca".

Grandet también escribe:

“Poco tiempo después cayó tanta lluvia, que estuvo mojado hasta París, sin dejar de caminar”.

La lluvia se presenta aquí como un obstáculo y una distracción capaz de frenar o desviar su avance. Pero Luis Grignion siguió caminando con confianza bajo la lluvia.

Entró en la ciudad de París jurando tener cuidado en el uso de sus ojos: "hizo un pacto con sus ojos de no dejarles ver nada que pudiera haberles proporcionado placer".

Lo que Luis Grignion "sacrificó" aquí fue la "curiosidad" por las cosas mortales. El objetivo era no distraerse nunca de su objetivo y esto perdurará durante toda su estancia en París.

Esta actitud muestra que tuvo cuidado de “usar” su vida controlando todos sus sentidos.

Esto no se refería sólo al uso de los ojos sino a todo su ser, porque “el ojo es lámpara del cuerpo” (Lc 11,34).

Nuestra alma es demasiado preciosa, por lo que sería una pena llenarla con “unos cuantos pequeños objetos miserables de la nada”, dijo Luis Lallemant.

Conclusión

El Espíritu Santo le dio luz, confianza, coraje, audacia y fuerza para emprender con vigor su formación.

Los consejos y cuidados de Dios Padre, durante el viaje a París, no fueron una teoría para Luis Grignon.

Dios, en el Espíritu Santo, fue en peregrinación o viaje con él. Esto correspondía al simbolismo de la obra del Espíritu Santo en un alma que Luis Lallemant describió como **“columna de nube de día y columna de fuego de noche”**.

Su formación como discípulo cristiano y sacerdote fue “terminado” en Rennes.

Porque estos seis puntos de su estilo de vida perdurarán durante toda su vida.

Pregunta:

¿Cómo puedo sentir el movimiento o escuchar la voz del Espíritu Santo revelándome la voluntad del Padre que puedo cumplir como discípulo de Jesucristo, no solo durante este tiempo de Cuaresma?